

EL CAMPO EN MENORCA: AGRICULTURA, TURISMO

El 3 de diciembre, después de quién sabe cuántos años, se jubiló nuestro compañero del **grup de remugants Juan Bustamante Pascual**, él mismo convertido en una institución que se confunde con *Sa Granja*, el Centro de Capacitación y Experiencias Agrarias de Mahón (Menorca), de manera que ya no se sabe qué va primero. Este artículo va dedicado a él, como reflexión de lo que siempre vamos hablando: agricultura, turismo, ecologismo, etc.

No creo que tengamos que mezclar la agricultura, en sentido amplio, con el turismo rural como sostenedor de la misma. La agricultura no es paisaje, ella hace paisaje, pero no es el paisaje que muchos entienden por tal. Muy a menudo se dice que el turismo rural salvará las explotaciones agropecuarias. No se deben confundir los conceptos, una cosa es el turismo rural, tal como se ideó en un principio, y el otro es el turismo en espacios rurales. La experiencia nos demuestra que quien ha dedicado tiempo y espacio de su explotación al turismo rural, me refiero a tener, a temporadas, turistas en su casa, compartiendo comida y conversación, ha dejado la agricultura como actividad principal en favor del turismo; ha realizado obras para acondicionar estancias, y, al final, se han reconvertido en hoteleros. Quede claro que no cuestiono a los agricultores que así han actuado, como tampoco cuestiono aquellos que de una masía o explotación agraria han hecho un espacio verde, con hotel, sauna, y contemplación. Si se hacen las cosas sobre la ley no hay nada que decir y si se han de cuestionar es en otro espacio.

En el caso de Menorca, donde ya hay un espacio declarado "**reserva de la biosfera**", en mi opinión, antes de discutir si turismo rural o no, debería dimensionarse o acotarse el campo menorquín como una **reserva activa y dinámica de producción agrícola y ganadera**, capaz de posibilitar, en caso de crisis – aislamiento, guerra, etc. – algo que muchos ni contemplamos, suficiente producción para sus habitantes. Pensar en un caso extremo de aislamiento, permitiría una dimensión de mínimos que, a su vez, podría evitar la actual sobreproducción ganadera y la agricultura intensiva, con la consecuente contaminación de acuíferos que conllevan, y, también, garantizar el suministro de productos hechos en la isla, evitando la pérdida de cualidades organolépticas ocasionados por el transporte. Todo esto conviviendo con el suministro peninsular, dada la necesidad de la población turística, y los intercambios de mercancías propios de cada momento.

La agricultura es una actividad productiva, que como cualquier otra debe hacerse con las limitaciones que impone el entorno – tierra, clima, geografía, población, etc. La agricultura, siguiendo una definición clásica (JM de Soroa, 1968), es el arte – oficio diría yo –, de cultivar la tierra, y su objeto es el de realizar todas las actividades necesarias para el buen cultivo de las plantas útiles al hombre y a los animales de que se sirve. A partir de aquí, los hay que lo hacen bien y otras no tan bien. Pero agricultura es la transformación de la tierra en manos del hombre. La agricultura, según esta definición, que tenemos por buena, no es ecologista ni, tampoco, es lo contrario. Hay suficientes criterios y teoría científica para hacer las cosas bien, sin llegar al extremo, vergonzoso ejemplo, de que las capas freáticas estén contaminadas y la población tenga que beber agua comprada en las tiendas, no por deseo sino por necesidad. Muchas causas tiene esta contaminación, y posiblemente no sea la actividad agropecuaria la principal, pero la que proviene de las malas prácticas de la ganadería y de la agricultura no tiene excusa ni atenuantes. No hay que ser ecologista para no contaminar, sólo hay que ser buen campesino o buen agrónomo o buen empresario.

Hablar del futuro desde la imaginación es una práctica que todos, de un modo u otro, hemos hecho y hacemos. El problema ocurre cuando se da crédito a la imaginación y se toman determinaciones que requieren reflexión, polémica y, al final, consenso. Si alguien imagina un futuro pletórico, o más modestamente un futuro en el que la agricultura subsista como actividad productiva, a partir de introducir turismo rural en las explotaciones, es que o bien donde yo hablo de agricultura aquel habla de

paisaje, y donde yo veo una casa cómoda para el agricultor y su familia, aquel ve un edificio arquitectónicamente atractivo. Conservar las casas para la agricultura es adecuarlas como hogares del siglo XXI en un área social y económica desarrollada. Conservar las casas como patrimonio cultural no es una función exclusiva de la agricultura. Me da la impresión de que cuando se defiende el turismo rural como una vía de desarrollo agrario a menudo se está en registro de propietario. Debemos dejar de lado pensar que la agricultura es naturaleza, más bien se hace en la naturaleza.

Se han destruido muchos entornos a la orilla del mar, y retóricamente se ha hecho discutiendo de turismo de calidad. Ahora le toca al campo, donde parece que se deben hacer espacios para el turismo de calidad. No hay turismo de calidad, hay turistas cultos y educados, y otros que no lo son tanto. Pero sobre todo, hay pueblos que son más cultos y educados que otros, y reciben, curiosamente, turistas, también, educados y cultos. Se trata de tener unos objetivos claros, bien trabajados entre todos, y actuar. Y quién sabe, al final a lo mejor se llega a que la solución es el turismo.

Antoni Seguí Parpal
Grup de remugants "Ramon Trias"
www.remugants.cat